



REDACCION Y ADMINISTRACION,
Compostela, número 71 (entresuelos.)

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 14 DE AGOSTO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7—UN AÑO, \$12.75
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 41.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—Un viaje submarino... hasta cierto punto; por JUAN DE LAS VISAS.—Neutralidad por la copia JUAN PEREZ.—Bocetos á la pluma, por JUAN DE AUSTRIA.—Un fuerte y una torre, por JUAN LAMAS.—Epístolas á Juan Palomo, de Nueva-York, por JOHN BULL.—El sol y una nariz, por JUAN DANDOZO.—Cuentos de manigua: La partida de la muerte, por JUAN SIN TIERRA.—Sartenazos.—Anuncio.
CARICATURAS, por DON JUNIPERO.

MENESTRA SEMANAL.

Caballeros, eso es lo que se llama entenderlo: eso es hacer las cosas como se debe. Así piensa JUAN PALOMO, que viste, como ustedes, el honroso uniforme del voluntario, y que está orgulloso de contar en sus filas á un camarada tan noble, tan franco, tan enérgico y prudente como D. Antonio Caballero de Rodas.

Yo estoy por eso: ó hacer las cosas bien, ó no hacerlas.

Ese ingreso en un cuerpo que cuenta con personas tan distinguidas y qué ha sido el *coco* de los niños de la manigua ó la emigración, es la más grande de las protestas que han podido formularse sobre las miserables calumnias que contra nosotros vierte la ponzoñosa rabia de los traidores.

Es el tapa-boca más á tiempo que pueden llevar los que nos denigran porque nos temen, y nos temen porque nos han encontrado siempre en su camino, siendo la horma de su zapato, la bomba que apagó su fuego.

Es el timbre glorioso que podemos ostentar los que no somos avaros de nuestro descanso, de nuestros bienes, de nuestra sangre y nuestra vida, por esa querida patria que nos paga todos esos sacrificios llevando victoriosa y honrada la bandera que nos cobijó al nacer.

Y es, sobre todo, señores, el lazo íntimo, cordial, indisoluble, que estrecha fuertemente, con íntima unión, á gobernantes y gobernados, á españoles que mandan y españoles que obedecen, á hijos de un mismo suelo que abriga un solo pensamiento y un deseo unánime: el engrandecimiento, prosperidad y esplendor de su patria.

El pacto solemne está firmado, y ¡ay de nuestros enemigos, que no podrán romperlo! Se ha sellado de una manera grande, espontánea, solemne.

JUAN PALOMO no puede describir lo que es indescriptible; JUAN PALOMO no es santo para hacer un milagro, que milagro sería tener la suerte de trasladar al papel lo que la población de la Habana ha presenciado en la noche del juéves, lo que ha espantado el ánimo de los leales, y ensanchando sus corazones, esos corazones que palpitan violentamente ante el recuerdo y las grandezas de la patria.

No hay en la paleta del artista colores tan variados y preciosos, que pinten el entusiasmo que allí reinaba; no hay en la lira del poeta sonidos tan armoniosos y elocuentes, que puedan espresar el conjunto de sorpresas agradables que se sucedían; no puede la pluma del cronista reseñar fielmente lo que pasó en Palacio, desde que desembocaron por la plaza los gastadores y músicas de todos los batallones de voluntarios de la Habana, hasta que la banda de Guías tocó el precioso paso doble «La batalla de los Castillejos.»

Por eso JUAN PALOMO, al hablar de ello, sabe que no ha de decirlo todo, que su relato sería incompleto y pálido si le emprendiera, y renuncia á semejante empresa.

Lo mejor es decir las cosas en dos palabras que lo digan todo.

Los voluntarios de la Habana, orgullosos de tener por compañero de armas al esforzado general que hoy gobierna este país, y á quien tanto debe Cuba, le han demostrado su satisfacción: ¿cómo? llevándole un traje, completo, sencillo, idéntico á los que usa el primer batallón, y un rifle cuya caja es, eso sí, una obra de arte y de gusto.

Y se lo han llevado ellos, los soldados, un individuo de cada batallón, de cada compañía especial, etcétera.

Después de esto, le han obsequiado con una brillante serenata.

El hecho es ese; pero los detalles, los pormenores todos de esa ceremonia patriótica es lo que no cabe en los límites de esta *Menestra*, lo que no se atreve JUAN PALOMO á reseñar, porque ya lo ha dicho al principio: no es posible describir lo indescriptible.

Conste que el pacto está sellado, que la alianza formada entre autoridad y voluntarios desde que pisó estas playas el general Caballero de Rodas, recibió en la noche del juéves su más completa legalización.

Conste eso, y que JUAN PALOMO, á quien rebosa el patriotismo por todos los poros de su cuerpo, no pudo menos de gritar entusiasmado al consumarse ese acto: ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA EL PRIMER VOLUNTARIO CABALLERO DE RODAS!

Y hablando de todo un poco, ¿saben ustedes que la cosa me huele mal allá por las márgenes del Rhin?

Vino el trueno gordo, y... ¡pum! dió comienzo y fin á una batalla.

Pero una batalla refida; que ha dejado huérfanos y viudas y puso en la indigencia á unos

cuantos millares de criaturas; se ha batido el cobre de lo lindo y ha tronado el cañon que es un contento.

Los franceses llevaron en ella la peor parte: la estrella del terecer de los Napeleones se ha oscurecido algunos grados.

¿Llegará á su eclipse total, ó brillará esplendorosa nuevamente?

¡Averiguelo Vargas!

El hecho es que el laconismo del telégrafo ha dado á entender mucho.

5,000 muertos, heridos y dispersos, 6,000 prisioneros, 30 cañones, 6 ametralladoras, 2 trenes de ferro-carril cargados de pertrechos y un general muerto y abandonado en el campo de batalla, no son un grano de anís ni mucho menos, para la Francia, que ha empezado con mal pié la guerra.

Por fortuna la batalla no se dió en mártes.

El ministerio francés ha dicho:—Hasta aquí llegamos; y no sigue adelante.

Mr. Ollivier y sus colegas han dejado las poltronas y ocuparán nuevamente los escaños del Cuerpo Legislativo. ¿Por qué ha sido esto? Yo no lo sé; pero de seguro que esto es grave.

El ministerio era liberal ¡y tan liberal! y la Francia lo es también.

El ministerio era atacado por los *irreconciliables* y ciertos *reconciliados*; pero contaba con una gran mayoría, y de su habilidad habla con la elocuencia de los números el último plebiscito, el Sadowa francés.

Y el ministerio se vá. Lo dicho, dicho: esto huele mal.

Y no muy bien, le olerá á la emperatriz-regente, cuando según dice nuevamente el telégrafo, manda sus joyas, y las de su hijo, ¡y las de su marido? á la embajada francesa de Londres.

¿Eh? ¿qué quiere decir cristiano?

¿Será cosa de que nos volvamos á escamar?

—Qué lástima de no haberlo sabido ántes, decía anoche en el Louvre un prójimo, apropiado de esa noticia.

—¿Por qué?

—Porque yo hubiera mandado también, para que me la tuviesen guardada, una prenda que me vá á servir de estorbo, á pesar de lo que vale.

—Hombre, si es así, venga, que yo la conservaré.

—Puedes ir á buscarla cuando quieras.

—¿Qué prenda es?

—La mamá de mi novia.

Ya saben ustedes oficialmente, lo que JUAN PALOMO había dicho por vía de oficioso.

Que no hay nada de lo dicho, como lo dicho sea dicho por Quesada.

O lo que es más claro, que la última comedia de este farsante fué silbada ántes de llegar al desenlace.

Estuvo en París, lo que no tiene nada de extraño, porque traperos y ladrones están también en la capital de Francia.

Estuvo á ver al emperador, y este dijo que *nones*.

Pero como no hay nada más atrevido que la ignorancia, caten ustedes que el ladrón cuatrero, cuando aún llevaba en la boca el portazo que recibió junto con su negativa, comenzó á darse lustre y á hacer creer que el moderno César le recibió en audiencia.

Te veo, besugo.....!

Y el diablo, que tiró de la manta, ha descubierto el pastel.

Que aproveche y cuidado con una indigestión.

Y vaya una noticia agradable para concluir.

Tardecito es, pero como nunca es tarde si la dicha es buena, vale más que al fin abran los ojos los que andaban entre dos luces.

El gobierno mandará en Setiembre 14,000 soldados, llenos de entusiasmo, llenos de valor y decididos á compartir las fatigas de la campaña con sus hermanos, á fin de que no haya un árbol, ni una cueva, ni nada que sirva de albergue á las liebres de la manigua.

El espíritu público se ha despertado en España de una manera notable: es un espíritu de más de cuarenta grados y todos de patriotismo.

Con que, figúrense ustedes lo que vendrá de ahí.

Y ayúdenme á sentir y sientan ya las palizas que lloverán sobre las espaldas de los laborantes de por allá, contra quienes empieza también el fuego graneado.

Prepárense ustedes á oírlo y á verlo; que ya se lo dirá y pintará

JUAN PALOMO.

UN VIAJE SUBMARINO.....

HASTA CIERTO PUNTO.

Vapor *Suffolk*, 1.º de Agosto de 1870.

Tenia razon el viejo y tenia razon Sir Charles Bright.

El mar, por más que se empuen los poetas, me parece á mí que nunca ha dicho una palabra, aunque éstos sostengan que en la voz de la tormenta escuchan esto y lo otro y lo de más allá, en el murmullo de las olas no sé qué cuentos de amores, y en el estrépito con que éstas se estrellan contra las rocas, el eco de una polémica en *si sostenido* entre una suegra y su yerno ó entre un *inglés* y su deudor.

Yo, que no soy poeta, aunque me esté mal el decirlo, nunca había logrado tener un rato de *palique* con el mar hasta ahora.

Pero, así y todo, ni las olas, ni las rompientes, ni las tempestades me han dicho esta boca es mía: se conoce que con los poetas usa el caballero ese un lenguaje elevado, mientras que para mí emplea tan solo un dialecto vulgar y al alcance de todas las fortunas.

¿Cómo ha de ser!

Vamos al caso.

En un punto determinado el mar amontona arenitas sobre arenitas y forma lo que se llama un banco, sin billetes ni descuentos. Si no quieren ustedes que sea banco, le llamaremos un bajo, y tan bajo era el que yo he visto, que ya podía tomarse por enano.

Mil millones de veces me he encontrado en las calles de la Habana con el billettero Ramon Correa, y sin embargo, he pasado adelante sin dificultad alguna; pero el primer *bajo* que he encontrado en el mar me ha detenido, no permitiéndome seguir la marcha.

¿Qué fenómenos ofrece la naturaleza!

¿Qué diferente es la vida del mar á la de la tierra.

Pues, si señor, de uno de estos bancos ó bajos se vale el mar para decir:

—Por aquí no se pasa.

Y hé aquí por qué tenia razon el viejo. Pero pasamos, y *velay* por qué tenia razon Sir Charles Bright.

El *Suffolk* tuvo la humorada de meterse en un banco, que debia ser el de Frascito Fesser, pues salió escamado, como todos los que en éste se metieron. Y entrar es muy fácil, pero salir..... ya! ya!

Dos amigos muy íntimos de los laborantes de Nueva York sacaron del atolladero al vapor: los cañoneros *Alarma* y *Telégrama*; y permite, público amable, que deje consignado aquí los grandes servicios que en esta expedición prestan ámbos buquecitos, porque es un acto de justicia elogiarlos, y muy particularmente á sus comandantes, Sres. Aguado y Roca.

Ya fuera de aquel mal paso, siguió su marcha el *Suffolk*, arrojando cable por la popa con igual facilidad que un fusil Remington arroja quince balas por minuto ó con el mismo salero con que yo arrojaría por la ventana á todos los laborantes.

Mientras el cable sigue metiéndose entre las olas para darse un baño perpétuo, hablaremos nosotros de algunas particularidades de la expedición y de los individuos que la componen.

No bien puse el pié en el buque, cuando me presentaron á *Mister Gutierrez*, uno de los principales jefes de la compañía.

Abri cada ojo como una rueda de molino al oír un apellido español aplicado á un inglés.

Mr. Gutierrez, que es un caballero muy fino, me entregó su targeta, en la que se leía: JAMES GUTTERES.

Ah! esto es otra cosa.

Mis ojos debieron empezar á disminuir de tamaño; pero no tan de prisa que dejase de verse en ellos mi asombro.

Mr. Gutierrez, que lo comprendió, tuvo la bondad entónces de explicarme que descende de una familia española que abandonó la península ibérica el año 1445.

Su verdadero apellido es *Gutierrez* (ah!) pero el uso, después de tantos años, y la necesidad de amoldarlo á la pronunciación inglesa, lo han convertido ya en *Gutierrez*.

De todos modos, yo encuentro aquí un motivo para tener un pedacito de satisfacción, pues siempre halaga ver un nombre español unido á grandes empresas.

Mr. Gutierrez, es inglés por sus cuatro costados; pero su fisonomía conserva pura el tipo de la raza latina.

El cargo que debe ejercer es, el de superintendente general; es decir, jefe de todas las líneas que van á establecerse; y fijará su residencia en Jamaica, que será el punto céntrico, la estación central de toda la red submarina.

Y ya que hablo de red submarina, aprovecharé la oportunidad para mencionar una circunstancia que no deja de ser significativa.

Ya habrá podido observar el curioso lector, que en la lista de los puntos donde debe tocar el cable no aparece para nada la isla de Santo Domingo.

Confieso que me chocó esta omisión, y traté de averiguar por qué se la había eliminado.

La razon es muy clara y convincente. La empresa no ha querido comprometer una parte de sus intereses en un país que no le ofrece seguridad alguna, por sus continuas revueltas y su mal gobierno.

Las dos repúblicas que componen la Isla ofrecieron una subvención anual porque llegara hasta sus puertas esa preciosa conquista del siglo; pero ni por esas: la compañía no ha querido entrar por uvas, con una gente tan poco formal.

Me parece que es una lección muy elocuente para los pueblos que no piensan más que en romperse el bautismo y alguna otra cosita.

Y el caso es obvio: usted se encuentra en la calle dos individuos luchando á brazo partido, y lo primero que se le ocurre es empezar á repartir pescozones entre uno y otro, para que termine la gresca. ¿Qué apostamos á que no le pasa á usted por la imaginación siquiera darles un duro?

Naturalmente: la compañía no está por colocar una parte de su dinero entre dos que no sirven más que para cascarse las liendres.

Y hace bien. Los grandes adelantos no tie-

nen cabida más que cuando el orden y la paz son los amos del cotarro.

Mucho más tengo que decir, pero acabaré hoy para no hacerme pesado.

Dios proteja las grandes empresas; estoy convencido de ello, y lo prueba la circunstancia de que ni un solo enfermo hay entre la gente de todos los buques, y eso que el calor no guarda consideraciones ni aún con la gente honrada que se ocupa en tender cables submarinos.

Los ingleses van vestidos de paño, interiormente de franela y más interiormente de pimiento, mostaza y otros escesos, y sin embargo, parece que no tienen calor.

Yo creo que como son ingleses, no entienden el calor español, y como no lo entienden, es como si no lo hiciera.

Digo; me parece.

JUAN DE LAS VIÑAS.

NEUTRALIDAD.

Paz y salud, ciudadanos.

Sabed: que por estas letras

Que mi autoridad escribe

Y que los ministros sellan,

He resuelto, en atención

A hallarse la Europa en guerra,

Por asuntos que no vienen

Al caso, ni os interesa,

Para evitar un conflicto

Y luego tener que habérmolas

Con la Francia ó con la Prusia,

Con la Italia ó la Inglaterra;

Guardar la neutralidad

Más absoluta y completa

Que hayan visto los humanos

O en historias se recuerda.

Ciudadanos: sed prudentes,

No os apartéis de la senda

Que vuestro Jefe Supremo

Os marca y os aconseja.

Son dos naciones amigas

De la república nuestra

Las que se han lanzado al campo

Y con empeño pelean;

Tan amigas, que ninguna

¿Lo entendéis? ninguna de ellas

A la república ha dado

Leve motivo de queja.

Es verdad que allá en la Habana

Una legion extranjera

Formaron hijos de Prusia

Y de la nacion francesa;

Que visten de voluntarios,

Y se asocian á sus fiestas

Y con los triunfos de España

De gozo el pecho se llenan;

Pero ¡no importa! las almas

Nobles perdonan la ofensa

Que le infiere un enemigo

(Si éste ajusta bien las cuentas);

Y no quiero que se diga

Que me ahoga la soberbia,

Que la indignacion me exalta

O que el miedo me exaspera.

Lo dicho, dicho. Prohibo

Que municiones de guerra,

Armas, víveres, caballos,

A Francia ó Prusia se vendan;

Prohibo que los cubanos

Se mezclen en la contienda;

Prohibo sus simpatías,

Prohibo..... etcétera, etcétera.

Y el que falte á lo prescrito,

Que pierda el derecho sepa

De ser libre ciudadano

De la república *Mema*.

Dado, en donde dan palizas

Y hay que emprender la carrera.

Fecha ut supra.— Está sellado.

Doy fé.— *Manolito Yervas*.

Por la copia,

JUAN PEREZ.

BOCETOS A LA PLUMA.

EL CORONEL LEOPOLDO HOLEHOLE.

Pero, señores, ¿me dicen ustedes dónde han ido á parar la paleta, y los pinceles, y el lienzo que habia preparado para el trabajo de hoy?

El caballete, únicamente el caballete vacío encuentro ahora para mi tarea; y ustedes comprenderán que tener eso y no tener nada, es una misma cosa.

¡Faltarme los útiles en ocasion en que, más que un ligero bosquejo, quería hoy ofrecer á los lectores de JUAN PALOMO un retrato de cuerpo entero, un retrato, vamos al decir, que se aproximara á la perfeccion tanto como á ella se aproxima el del invicto general Callero de Rodas, que acaba de pintar el distinguido artista D. Florentino Martinez!

Convengan ustedes en que es esa una desgracia irremediable, que me afecta á mí más que á ustedes, porque tendré que hacer de viva voz, lo cual no es tan fácil, el retrato que iba á presentar ante sus ojos.

Y es una desgracia tambien para mi coronel, porque al fin no es lo mismo decir que es rubio, de ojos azules, de mirada simpática, de gallarda estatura y marcial continente, que no fuma en pipa ni bebe cerveza, aunque es alemán, con barba y bigote que hacen agraciado su rostro, con un trato y una instruccion..... —Nó, lo que es el trato y la instruccion tenia que dejarlos en la paleta, porque no pueden pintarse;—con esa juventud que indica la plenitud de la vida y con todas las prendas que pueden adornar á un caballero; no es lo mismo, digo, espresar eso de viva voz, que espresarlo en el lienzo, dejando en él reflejada de una manera estable su persona.

Y no hay más remedio que hacer esto último, só pena de no hacer nada.

Es verdad que en cambio de estas inconveniencias, desventajas ó como ustedes quieran llamarlas, hay algo favorable, algo que en el retrato no cabia, que no puede decirse con los pinceles.

Este algo es, que el coronel Leopoldo, muy señor mío y de su casa, cumple 35 años el 22 de Setiembre próximo.

Que es católico y casado.

Que tiene tres hijos y más de tres millones de renta cada tres meses.

Que ha estado en España dos veces, y..... se ha marchado otras dos.

Que está emparentado con el rey de Prusia y con el emperador Napoleon, motivo por el cual este se opone á que cinda una corona, porque como dijo el otro, *no hay peor cuña que la del mismo palo.*

Que segun ha dicho..... yo no recuerdo quién, pero de seguro que era uno que lo sabia, «está dotado de facultades intelectuales de primer orden, de sentimientos levantados, de una instruccion tan sólida y tan vasta como la que se recibe en ese empório del progreso que se llama Alemania, cuya literatura, cuya filosofía, cuya música, cuya política, cuyo liberalismo, cuyas ciencias y cuyo desarrollo moral y material son tan profundos y se hallan tan generalizados, que se atraen la admiracion de los extraños.»

Que su mujer es joven y bonita y bondadosa y posee otros varios adminículos que la hacen tan apreciada y querida como el coronel.

Y que..... he dicho bastante para presentar á la vista de ustedes un señor que merecia mi aprecio, y lo sigue mereciendo, porque lo cortés no quita lo valiente, y que sin esas complicaciones que han lanzado á Francia y á Prusia en una contienda de la que una de las dos tiene que salir con un hueso roto, habria podido ser, es un decir, una cosa así como rey de España.

Como supongo que, dado este fracaso, ha perdido para ustedes mi héroe una parte de su importancia, prescindiendo de revolver papeles, y allegar datos para decirle á ustedes lo que hizo cuando era niño, y cuando pasó á la categoría de pollo, y cuando entró en la de gallo, y no de Moron, galleando con su regimiento—el primer cuerpo de lanceros de la guardia del rey de Prusia,—allá en Sadowa.

Todo eso pertenece á la historia antigua, y como dijo el poeta,

¿Á qué traer á la memoria ahora
gratos recuerdos de la edad pasada?

Y ustedes perdonen, y perdóneme su memoria, las variaciones introducidas esta la cópia.

El coronel Leopoldo, que es un hombre metódico, ordenado, pacífico hasta la pared de enfrente, aunque tenga, como cada hijo de vecino, su alma en su almario, dormia una vez á pierna suelta, con la conciencia del justo.

Debo advertir que hará de esto cinco meses.

Dormía, pues, cuando á la puerta del gabinete sonaron dos golpes un tanto vagos, que se envolvian en el velo del misterio.

—¡Canastos! ¿quién anda ahí? dijo para sí su señoría ó su alteza.

Otros dos golpes.

—¡Hola! ¿pues si habrá ladrones en la cámara?

Por tercera vez los consabidos golpes, pero ésta ocasion un poquito más fuertes.

—Nó, pues la cosa vá seria y yo necesito averiguarlo.

Y encendió un fósforo.

(Y aquí me permito un paréntesis. Aunque su señoría ó su alteza es hombre de luces, duerme sin luz, pero usa fósforos. ¿Estamos?)

—¿Quién anda ahí?

—¡Chist.....! ¡chist.....! Soy yo.

—Lo mismo que si no fuera nadie. ¿Quién es yo?

—Un caballero..... particular.

—Y tan particular, que puede particularizar su visita para otro día.

—No es posible: la cosa urge.

—¿De qué se trata?

—De..... Pero déjese ver la cara vuestra majestad futura.

—¿Eh.....? Voy allá.

Y los paños menores en que se encontraba el coronel Leopoldo, se convirtieron en mayores paños, y agitó la campanilla, y vino un ayudante, y alumbró la habitacion y salió.

En esa habitacion consabida se hallaba un caballero de estas señas y estas, muy cortés, y muy fino, y muy ceremonioso.

—¿De qué se trata, señor mío?

—Se trata de una corona.

—¿Cómo?

—De una corona que vengo á traer.....

—¿Y dónde está?

—En oferta.

—Eso es diferente: vamos al grano.

—Pues el grano, que es bien gordo por cierto, es un trono que está vacante, en una tierra hermosa si las hay, grande por sus recuerdos y por la indomable energía de sus hijos y hermosa como un querubín: ese trono tiene muchos aspirantes, que por lo mismo que son muchos y que todos lo desean, tienen que quedar desairados. Y de ahí que se busque una persona tan valiente como su señoría.....

—Hombre, usted me lisonjea.

—Tan sabia como vuestra alteza.....

—Vaya, que eso es confundirme.

—Tan noble y merecedora de él como vuestra majestad.....

—Eso ya es demasiado.

—A quien se lo vengo á ofrecer.

—¡Cáspita! ¡cáspitina! eso es todavía mas gordo.

—Pues eso es lo que aquí me trae.

—Muy grave es, y merece consultarse.....

—¿Con quién.....? ¿con quién.....?

—Con la almohada.

—Pues hágalo vuestra magestad.....futura, que la almohada es muy buen consejero.

—No hay cuidado, que lo haré.

—Pues ha concluido mi mision por hoy.

—Adios.

—Adios.

Y ello es que la almohada hubo de aconsejar bien al coronel Leopoldo, y que aceptó la oferta, y vinieron las complicaciones europeas, y la renunció más tarde y.....

He concluido.

Dos palabras, y estamos del otro lado.

El coronel Leopoldo ha escrito al general Primprats, lo siguiente:

—«General: mi deber de coronel prusiano me llama al frente de la guerra que ahora estalla. Suponed que nada he dicho y que renuncié á vuestras proposiciones.»

Siquiera por lo franco, merece la aprobacion de

JUAN DE AUSTRIA.

UN FUERTE Y UNA TORRE.

Pues señor, no todo habian de ser guarachas y *san-juanadas* para los mambises del Camagüey.

A cada puerco le llega su San Martín, y á cada mambí su zurra mayúscula.

Acabáronse para jamás volver los tiempos en que vivían muy tranquilos en sus fincas y en sus ranchos los corifeos de la insurreccion.

Cerraron sus sesiones para no reanudarlas más, aquellas famosas Cámaras de Guáymaro, en donde lucian su charla sempiterna y su declamatoria actitud los representantes de Cuba liebre.

Unos tiempos traen otros
y estos suelen ser mejores;
pasaron ya los traidores
y aparecimos *nosotros*.

Este *nosotros* significa Goyeneche con su division, ocupando militarmente las ruinas de Guáymaro, Cascorro y Sibanicú.

Este *nosotros* es el fuerte de la primera de dichas poblaciones, cuyo plano verán los lectores de JUAN PALOMO en este número; fuerte construido al rededor de la torre de la iglesia y sobre el mismo suelo que presenció la entrada triunfal de un ejército mambí, armado en su mayor parte con fusiles de palo.

Conste que es tan auténtico este dato, como que Quesada es ladrón cuatrero, bigamo Céspedes y Aguilera borrachín.

El *nosotros* es igualmente la expedicion á Puerto-Príncipe del bizarro General Caballero, de la que guardarán los mambises un eterno recuerdo..... en sus costillas, por la incesante lluvia de palos que en el intervalo de cerca de cuatro meses recibieron.

Faltábales, sin embargo, recibir el golpe de gracia, la anulacion completa de sus planes *conejeros*, sacarlos de sus madrigueras é impedirles que levantaran el dedo, ó los piés, para ponerlos en polvorosa, sin que inmediatamente tuvieran noticia de ello nuestros soldados.

Para llevar á cabo tan feliz idea, vino á la Isla de Cuba el Excmo. Sr. D. Antonio Caballero y Fernandez de Rodas.

En efecto: él concibió el pensamiento de establecer torres ópticas que, al propio tiempo que den noticia inmediata de los movimientos del enemigo, sirvan de casa fuerte á la Guardia civil.

El ilustrado comandante de ingenieros de Puerto-Príncipe, Sr. Portuondo, trazó el modelo, segun las indicaciones de S. E., y en seguida se dió comienzo á la obra.

Tres son ya las torres colocadas desde Puerto-Príncipe al campamento del Caunao, distante de aquella ciudad unas seis leguas.

Continúa activamente la construccion, y en breve quedarán establecidas desde la capital del Camagüey á la línea de Ciego de Avila y Moron.

JUAN PALOMO, que se desvive por dar á los lectores cuantas noticias y dibujos pueden aplastar á los mambises, exhibe hoy el modelo de las torres ópticas, cuya elegante, útil y fuerte construccion merecen los más ardorosos plácemes.

Las torres son de madera; se colocan en las alturas, dominando siempre el terreno y se rodean, al colocarlas, de un profundo foso que salva un puente levadizo y que orillan dos hileras de puntiagudas estacas.

La altura de aquellas es de veinte metros y cinco su base.

Es tal su disposicion y están tan bien situadas, que á pesar de guarnecerlas únicamente 25 hombres, ni toda la mambisería junta puede tomarlas.

¿Les parece, pues á ustedes que son un grano de anís las torrecitas en cuestion?

Cierto estoy que al divisarlas, los mambises escurrirán el bulto, como de costumbre, y exclamarán muy serios:

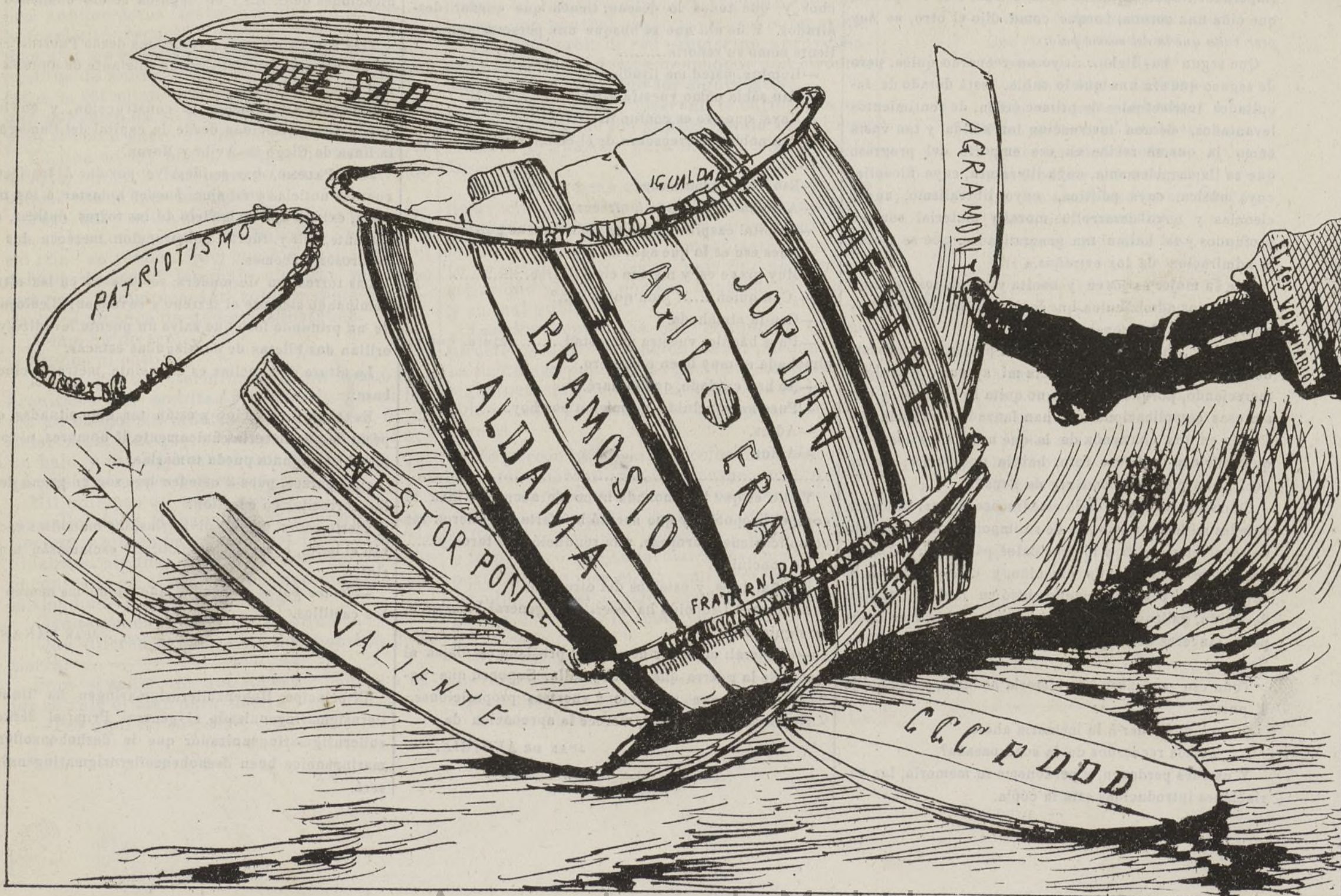
—*Pa los pavos*, compadre, que yo no me acerco á estos castillos.

JUAN LANAS.

El príncipe Hohenzollernsismaringen ha Hohenzollernsismaringennizado al general Prim; el deshohenzollernsismaringennizador que le deshohenzollernsismaringennice buen deshohenzollernsismaringennizador será.



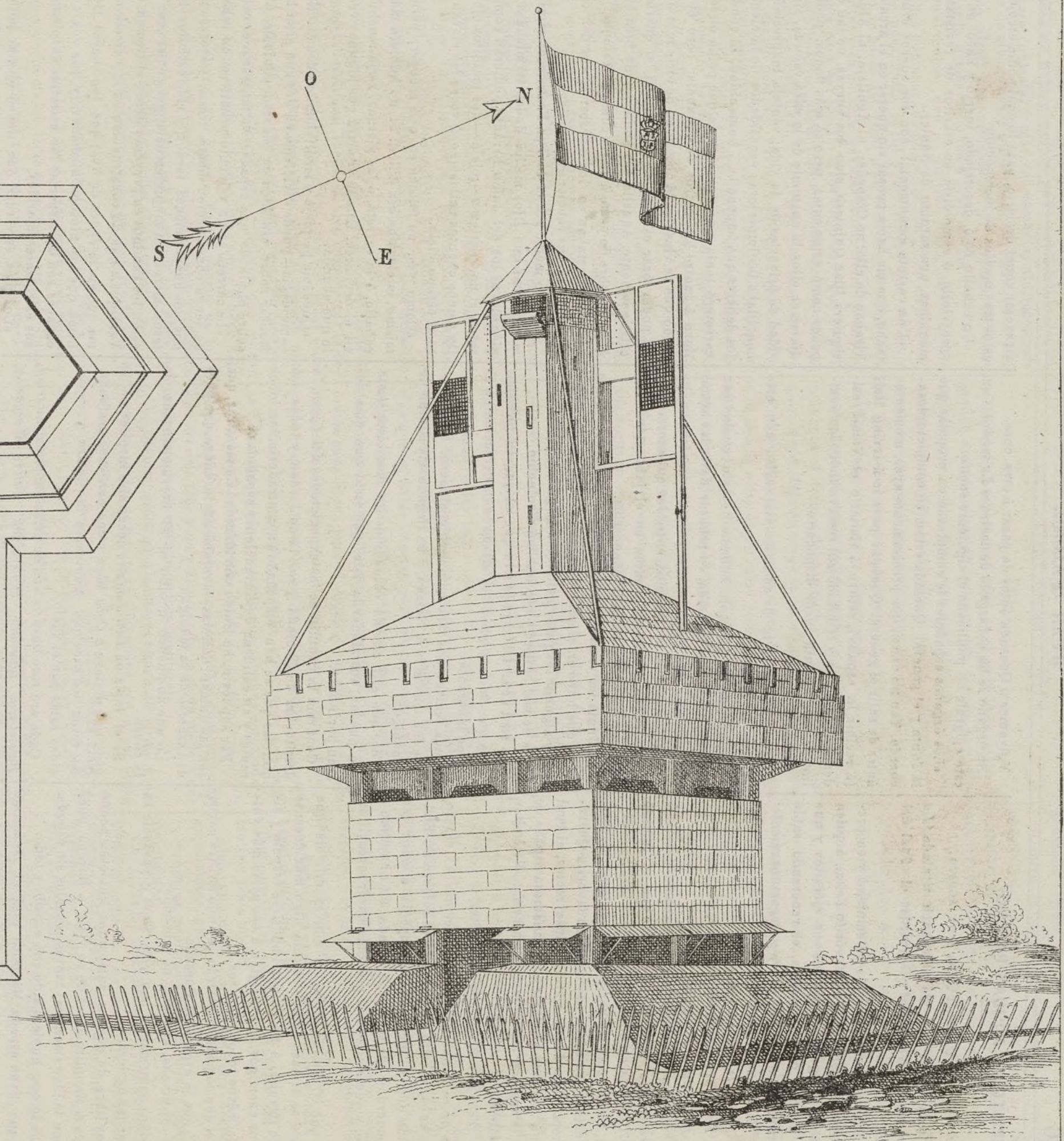
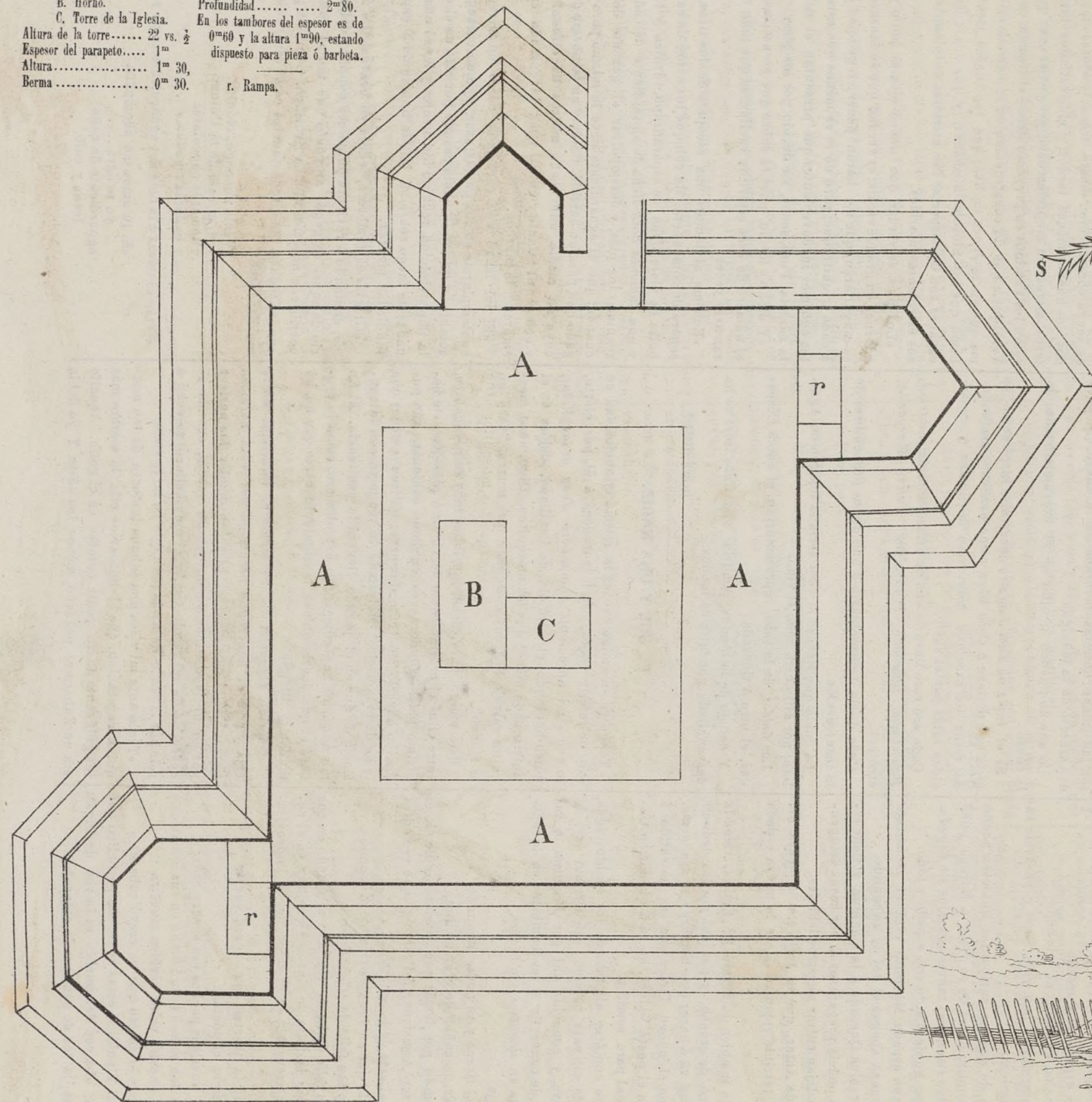
Y vuelve á aparecer en escena Doña Emilia ofreciendo á Quesada una segunda escoba. Y dicen que Quesada dijo que su modestia no le permitia aceptar la espada-escoba y que mejor tomaria un reló de oro de dos tapas.



LA INSURRECCION DE CUBA.

NOTAS.

A. Alojamiento. Latitud superior del foso. 2^m 60.
 B. Horna. Profundidad..... 2^m 80.
 C. Torre de la Iglesia. En los tambores del espesor es de
 Altura de la torre..... 22 vs. $\frac{1}{2}$ 0^m 60 y la altura 1^m 90, estando
 Espesor del parapeto..... 1^m dispuesto para pieza ó barbeta.
 Altura..... 1^m 30.
 Berma..... 0^m 30. r. Rampa.



0 5 10 20 30 40 50 pasos de 0^m 65

PLANO DEL FUERTE DE GUAYMARO.

TORRE OPTICA TELEGRAFICA.

Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87.

Ayuntamiento de Madrid

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO".

NUEVA-YORK, 4 DE AGOSTO.

¿Has visto la ópera *bufo* de Offenbach titulada *La Gran Duchesse de Gerolstein*? ¿Recuerdas el final del primer acto?

La gran Duquesa, con la mayor solemnidad y en presencia de su corte, entrega á su favorito Fritz, á quien acaba de nombrar generalísimo de sus ejércitos y que se dispone á partir para la guerra, el venerando sable de su ilustre padre, diciéndole grave y magestuosamente:

*Voici le sabre de mon père:
Tu vas le mettre à ton côté
Ton bras est fort, ton âme fière,
Et tu sauras le bien porter.*

Una escena muy parecida á la que acabo de describir se ha representado hace pocas noches en el famoso *Irving Hall* de esta ciudad.

La gran Arcabuz de las suripantas, con gran pompa, y en presencia de su corte, entregó á su favorito Quesada, ex-generalísimo de los ejércitos insurrectos, el cual se dispone á marchar á la manigua, la famosa espada de honor que le regalan las cubanas *reconocidas*, diciéndole magestuosamente:

Voici le sabre de mes sœurs, etc.

Quesada no se hizo de pencas en aceptar el regalo, á pesar de haber escrito una carta á la célebre D^a Emilia, diciendo que su modestia le impedía admitir tan costoso recuerdo; que tenía una espada más humilde á su costado, y que con ésta se proponía hacer maravillas, etc., etc.

Parece que D^a Emilia hubo de convencerle de que era preciso se armase de una espada algo más decente que la que llevaba, á fin de que impusiese respeto y silencio á sus enemigos, que dirigían á esa parte más vulnerable del héroe todos sus tiros.

Ahora sí que no podré repetir lo que dije en otra carta, que la espada de Quesada ni pincha, ni corta, ni vale nada; pues podrían contestarme que vale \$800 y pasarme la cuenta por las narices.

Dios nos libre de que las suripantas hubiesen hecho este regalo á Manolito antes de su viaje á Europa, pues si Napoleon le hizo (mentira) tantos agasajos sin espada, figúrate tú lo que hubiera sido con espada y todo.

Desde que tiene espada Manolito está el *Demócrata* insufrible y amenaza apagar el sol de un soplo.

Y ahora que vuelve Quesada á la manigua y tiene espada nueva, ya podeis prepararos á ver cosas estupendas, si es que lo dejan entrar nuestros lebreles.

Ni la espada de Antar, que se forjó con la piedra del trueno, fué tan terrible como vá á ser la nueva espada de Quesada.

La vaina, que también la regaló D^a Emilia, tiene la contera en forma de cráneo, y por ahí puedes deducir las diabluras que vá á hacer este hombre con esa arma.

Con esto y con el nuevo Tirteo que les ha salido á los mambises en el poeta Valdés, no vá á quedar en Cuba ni un solo leal para semilla.

Son dignos de copiarse algunos de los sonidos de la trompa bélica de ese vate cubano, celeberrimo *bufo* de los de Villanueva, y conocido ahí por *Benjamin de las Flores*, que ha de convertir á los mambises en *lacedemonios*, y hasta en *demonios* sin el *lace*.

Oído á la caja:

«Muera el tirano y su poder inmundito
al tronar un cañon de gran calibre,
(no hubiera estado por demás que hubiese indicado el poeta si ha de ser Armstrong ó Peabody, que eso entra por mucho en el arte de la guerra.)

«Haciendo que en sus ejes tiemble el mundo
«El grito tan feliz de *«Cuba libre!»*»

(Esa idea *tan feliz* de hacer temblar al mundo en sus ejes, hace olvidar la falta de *sintaxis* que hay en el período, y que es excusable en el calor de la improvisación.)

«Comprad la libertad con sangre vuestro,
(Qué generoso es el poeta!)

«Que en nuestros pechos esa sangre arde;

(«Ahí me las den todas» habrá dicho en sus adentros.)

«Dad de vuestro valor heróica muestra

«A un mundo entero que os creyó cobarde.»

Y lo confiesa! Y publica estas *berzas* un periódico que tiene por lema: «La voz del pueblo es la voz de Dios!»
¿Qué será, pues, la voz de «un mundo entero?»

Volvamos á Quesada antes de pasar á otra cosa.

Su órgano se ha encargado de decirnos *La verdad*. Con este epígrafe ha publicado el siguiente suelto:

«Los órganos españoles se complacen en propalar que la Junta y el general Quesada están en completo desacuerdo. Tan no es así, que precisamente ayer, momentos antes de salir el general Quesada para ir á Irving Hall (á recibir la espada), estuvo á visitarlo el Vice-Presidente de la Junta y le brindó sin reserva todos los auxilios de que la Junta puede disponer.»

Te veo de venir!

Hazme el obsequio de amarrar ese suelto con este cabo de la *Tribuna*:

«La actitud de la Junta cubana de esta ciudad con respecto al general Quesada, en rehusar darle las armas y municiones que les ha pedido para llevar á Cuba, ha producido mucha indignación entre los cubanos.»

Hay grandes acontecimientos en el laboratorio del tiempo y no tardaremos en conocerlos.

La Junta ha mudado de domicilio á consecuencia del fuego que hubo en el edificio en que celebraba sus sesiones, y algunas lenguas maliciosas aseguran que el cambio es de mal agüero y que huele á disolución.

No será cosa del otro jueves que el jueves próximo tenga que decirte que ha estallado la insurrección en el campo laborante.

Cada semana nos trae un nuevo misionero.

Se fué Queralta á Nassau y ha llegado Ayestarán de la manigua.

Dice que allí estarán escondidos los mambises hasta que puedan abandonar la isla, que es lo que más desean por ahora.

Confirma la captura de las expediciones del *Upton*, la destitución de Quesada y casi la de Jordan, y todas las noticias que se han empeñado en contradecir los laborantes y en calificar de *«invenciones españolas.»*

Por supuesto, ha traído una infinidad de mentiras, que son las únicas noticias favorables á la causa que pueden traerse de la manigua.

Lo que no pueden ocultar es el derrumbamiento de la causa.

Si el lápiz de *Don Junípero* necesitase inspiración, le diría que pintase á *Cuba libre*, como una *cuba* desfondada, rotos los aros que mantenían las duelas y esparcidas éstas por el suelo.

Cada aro roto llevaría una de estas palabras: *Libertad, Patriotismo, Igualdad, Fraternidad, Valor, Abnegación*, etcétera.

Cada duela representaría á uno de los prohombres de la insurrección.

La duela que llevase la *boca* sería la imagen de Aguilera: por allí entra todo el vino.

Los *fondos* de la *cuba*, representarían, el uno á Céspedes, el otro á Quesada.

Y debajo de la lámina pondría: «La *Cuba libre* se ha desvencijado por falta de fondos.»

JOHN BULL.

EL SOL Y UNA NARIZ.

Tengo yo un amigo que es la misma minuciosidad en esto de referir viajes. No le sucederá á él, por cierto, lo que á mi apreciable compañero *Juan de las Viñas*, quien hablando el otro día de Batabanó, dejóse en el tintero nada menos que los mosquitos. ¡Digo, unos mosquitos salvajes! ¡Unos mosquitos que mueren, pero no se rinden!

Este amigo, pues, tiene caprichos muy extravagantes, entre ellos el originalísimo de viajar á pié—¡en este bellísimo país!—siquiera sea en plena canícula, aún pudiendo hacerlo más cómodamente. ¡Miren ustedes que le he dado consejos! Molestado le tengo ya con la cantinela de que en el pecado llevará la penitencia. Al fin mis augurios han comenzado á realizarse, como lo probará al que leerla quiera, la siguiente carta que no há mucho me dirigió.

«Querido *Dandolo*: Lo de siempre. Púsoseme entre ceja y ceja el hacer una excursión por esta hermosa tierra. Fué el mes pasado. El sol asomaba las narices por un horizonte más limpio que un espejo, cuando se apercibí de mi resolución, y el muy bellaco se echó á reír por la parte de atrás para que yo no lo viera.

«Tenía ante mi vista una sabana inmensa, de tan mequina vegetación, que el buscar en ella la sombra más insignificante fuera pedir cotufas en el golfo. Aquello era un Zahara en pequeño, menos los oasis. Y yo debía

atravesar aquel desierto, para lo cual podía escoger entre estos tres medios de locomoción:

«Un caballo cojo, desorejado, tuerto y flaco: un verdaderamente violin, ó como diría un escritor de revistas taumáticas, una sardina de Nántes.

«Una carreta monumental con dos cueros crudos por techo, que me hacía pensar sin querer en el arca de Noé. Tiraban de ella, no Céspedes, ni Aguilera, ni Aldama, ni siquiera Díaz Quintero, sino dos bueyes no tan cuadrúpedos como estos entes, pero sí más flacos: podía estudiarse en ellos la anatomía de la raza vacuna, sin necesidad de privarles de la vida; ventaja inapreciable que conciliaba las imperiosas necesidades de la ciencia con los deberes que impone la... humanidad. El conductor ó carretero tenía una voz atiplada que podía oírse sin peligro á cuatro kilómetros de distancia; pero el desgraciado que se viese en la necesidad de oírlo más de cerca, ya podía rezar el acto de contrición si quería morir cristianamente. Aquella voz pudiera muy bien atravesar á un hombre de parte á parte como un estoque. Por eso los bueyes estaban en los huesos: la voz del carretero interrumpía sus funciones digestivas.

«El otro medio era el de San Francisco: estas utilísimas piernas que Dios me ha dado, terminadas en unos piés que ni los del Judío Errante pudieran compararse-seles, si no existiesen—¡ojalá!—dos malditos ojos de pollo y unos cuantos callos que á veces me elevan de gusto al sétimo cielo.

«Como ves, no faltaba en que escoger; pero por lo mismo, la elección era difícil. Si no hubiera más que el caballo, ó la carreta, ó las piernas, sería mucho más fácil el decidirse. Esto te probará que algunas veces daña lo que abunda.

«Quedéme perplejo y meditabundo además. El caballo—me decía—puede dividirme en dos con gran facilidad. Montar sobre esa hoja de bacalao equivale á hacerlo sobre el filo de una espada. No me gusta el caballo.

«La carreta es un vehículo primitivo: un vehículo que de ser su construcción menos tosca, mejores los caminos, los bueyes menos tardos, y más callados los carreteros, merecería mi preferencia; pero es el caso que aquí están los caminos en proyecto desde el tiempo de Diego Velázquez; que la construcción de la carreta es la misma que en la época de Noé; que los bueyes tienen más flema que los filósofos alemanes, y que los carreteros capaces son de despertar las estrellas en pleno día con sus estridentes alaridos.

«Los piés es verdad que tienen ojos de pollo y otros adornos en grande escala: es verdad que se cansarán, que se magullarán, que me harán poner el grito en el cielo á cada triquitraque; pero no lo es menos que carecen de los enormes inconvenientes que presentan el caballo y la carreta. Pues, señor, me decido por los piés.

«Y dicho y hecho, pues tú sabes que yo no pertenezco al número de esos espíritus vacilantes que todo lo piensan tres veces.

«Echéme al hombro una escopeta de dos tiros, mi inseparable compañera. Me coloqué los avíos de caza; una bolsa de viaje llena de esparadrapo, árnica y fósforos, y una inmensa bota llena de aguardiente de caña para reanimar los piés, y desempolvando el gazonete de vez en cuando; que el aguardiente sirve lo mismo para un fregado que para un barrido. Caléme un sombrero de *guano* cuya ala media unos ocho metros de circunferencia, y con gentil talante y ánimo viril, inventando caminos, emprendí la marcha.

«El sol lanzó una carcajada como un terremoto al contemplarme en sus garras; mas fijándose luego en mi sombrero, que se le había pasado por alto en el calor de la improvisación, rechinó los dientes y lanzó unas bocanadas de fuego sobre mi infeliz humanidad, capaces de fundir las piedras.

«Gracias al sombrero, seguía yo bravamente mi *arpeggio*, cantando á reventa pulmones coplillas del repertorio de aquel sargento aragonés que tantas *rumbantelas* corrió con nosotros allá en Santiago. Coplillas tan adecuadas todas á las circunstancias como esta, y las Musas me dispensen:

«Vente conmigo, chinita,
ven, al café de la Unión;
y tomarás chocolate
y bailarás rigodon.»

«O tan alusivas á la bota del aguardiente como esta otra:

«Si tu amor me acompaña
yo te daré.....
aguardiente de caña,
leche y café.

«Desahaciase entre tanto el camino, quiero decir, la distancia, pues el camino ya digo que era imaginario, debajo de mis zapatos como la sal en el agua. Dos ó tres veces me habían pedido ya la palabra mis ojos de pollo para contestar á más de trescientas alusiones personales de otros tantos guijarros que yo tuviera el mal gusto de pisar; pero armándome de carácter, se la negué. Por lo demás, todo iba á pedir de boca.

«Pero el diablo, que no duerme, y se goza en turbar las dichas humanas, no podía ver con gusto mi felicidad. Elevóse, pues, hasta el sol y, me parece que le estoy oyendo, le habló así, poco más ó menos. «Oh! tú, hijo de Júpiter y Latona; tú que has tenido ánimo y empuje suficiente para dar muerte á los Ciclopes, y qué sé yo á cuántas alimañas: ¿permitirás impasible que ese miserable mortal se burle de tí, y atraviase la *sabana* sin que lo reduzcas á cenizas? Vuelve en tí: mira que tu amor propio está interesado en que no llegue felizmente al término de su viaje. Si tal permites, serás indigno de seguir haciendo sudar á la humanidad: quedarás deshonrado, y hasta Diana, —¿lo oyes?— hasta Diana se reírán en tus barbas.»

«Esta insidiosa elocuencia surtió el efecto apetecido. Atufáronse al señor de Febo las narices de tal modo; de tal modo creció con la furia la intensidad de sus ígneos rayos, que causando una revolución *radical* en la atmósfera, produjo una ráfaga de viento de tan desesperada violencia, que mi sombrero fué á parar á una legua de distancia de mi pobre cabeza.

«Hecha esta diablura, cesó el viento y el sol se gozaba en su obra, achicharrándome encarnizadamente. Yo me sentía arder. Yo sentía que mis sesos se iban poniendo por grados en estado de tortilla á la española; y por primera vez en mi vida, no sabía qué determinación tomar.

«Pensé de pronto meterme en uno de los cañones de mi escopeta: asaltóme luego la idea de enterrar la cabeza en el suelo hasta la noche. Ambas ideas quise poner en práctica una tras otra; pero al hacerlo noté que el cañón de la escopeta estaba á punto de fundirse, y que en la tierra pudieran asarse huevos con mucha facilidad. Desesperado entónces, eché mano y bebí; bebí con desesperación por espacio de un cuarto de hora, mirando al cielo, á la vez, en ademán hostil. Terminada esta importante operación, eché á correr cual alma que lleva el diablo, haciendo rumbo al sombrero.

«El sol me asesinaba; pero yo no por eso dejaba de correr.

«Cerca ya del objeto de mis afanes, nueva ráfaga traidora me lo arrebató. Volaba el sombrero cual gigantesca *aura*, y parecía burlarse de mi desesperación. Cansado de tal martirio, me eché la escopeta á la cara y le descerrajé dos tiros, haciéndole caer *inerte* al suelo, con más agujeros que una criba. Alcancéle por fin, y me lo encasqueté después de haberle adaptado el porta fusil á guisa de barbiqueo para evitar ulteriores fugas.

«Jadeante, pero cubierto ya, me senté para tomar aliento: besé dos ó tres veces más la bota, me acaricié los pies, y emprendí con nuevo vigor mi valerosa marcha, cantando una jota que no había más que pedir.

«Al anochecer llegué al término de mi viaje.

«Me reconocí escrupulosamente y hallé mis vestidos carbonizados, lo mismo que la punta de la nariz.

«Esto último es lo que más me apena. Tú lo sabes: aquellas narices colosales que *sombreadan* mi barba, eran mi orgullo, el Benjamin de mi cuerpo, como quien dice. Yo me miraba en ellas. ¡Figúrate si me será agradable el contemplarme chato! ¿Qué me importa la vida sin narices?

«¡Oh! ¡Cuán dichoso es atravesar á pié, en julio y con buen sol, una de las *amenas* sabanas de «la tierra más hermosa que vieron ojos humanos!»

«Casi llorando, se despide de tí, amigo Dandolo, el que aun no pierde la esperanza de verse sin orejas; el desventurado—*Narices*.»

¡Cánsese V. en aconsejar á hombres tan cabezudos!

Por lo que toca á los comentarios que esta carta me sugiere, los dejo para cuando me encuentre de mejor humor. Hoy me hallo á dos dedos del suicidio. Las narices de mi amigo *idem* me han impresionado de una manera atroz.

JUAN DANDOLO.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

LA PARTIDA DE LA MUERTE.

IV.

Hay quien asegura que todo en el mundo es relativo, porque nada hay que se sostenga por sí solo, que no se relacione con algo; pero creo que el valor es el verdaderamente relativo, pues nadie se atreve á determinarlo sino con relación á las condiciones del individuo; el valor, dicen unos que es el esfuerzo del ánimo que desprecia la vida; otros, que es simplemente la ausencia del miedo; pero he conocido guerreros de corazón tan levantado, que el fragor del combate y la lluvia de las balas que amenazaban de cerca su existencia, no les añadían un latido más, y temblaban como la vieja más nerviosa á la simple vista de un ratón inofensivo; sé de un marino que desafiaba la tempestad en el mar, no teniendo más que un ligero esquifo para combatir sus estragos, y se estremecía de pavor y se desmayaba ante la lanceta de un flebotomiano. ¿Estrañará el lector que Luciano Godoy, el jefe de la *partida de la muerte*, que corría á todas horas en busca de peligros ciertos, dando muestras de un valor exagerado, se inmutara ante un pedazo de tabla donde se determinaba que sus restos humanos yacían sepultados en la tierra, debajo de aquella cruz misteriosa? ¿Podía dudar que existía?—Hé aquí la influencia poderosa de lo sobrenatural, de lo escéntrico, de lo que está fuera de la costumbre.

Luciano Godoy sabía que su cabeza estaba pregonada por los rebeldes; sabía que al lanzarse al combate con sus enemigos, no se esponía solo á perecer en la pelea, sino que no había cuartel para su persona si caía prisionero, pero eso no le arredraba; era valiente en el campo con los hombres que querían matarlo y su ánimo crecía cada hora; pero el anuncio de su muerte, cuya falsedad nadie mejor que él podía comprobar, le sobrecogió hasta el punto de que su amigo Alejo Alcántara le sacudió el brazo para sacarlo del estupor que de él se había apoderado, lanzando una segunda carcajada.

Con efecto, el valeroso jefe de la *partida de la muerte* estaba pálido, con los brazos cruzados y contemplando con los ojos fijos y muy abiertos, la cruz de madera que sostenía aquella especie de losa sepulcral.

—¡Cáspital! exclamó Alcántara; nunca te vi tan preocupado; ¿acaso te ha hecho impresión esa superchería de tus enemigos?

—¡Cá! murmuró Luciano, dibujando ligeramente en sus labios una sonrisa de explicación muy dudosa.

—¿Crees que estás muerto?

—No, repitió aquel, aceptando el sistema de los monosílabos, como todo el que quiere evadir una respuesta categórica.

—Peor para los mambises, querido.

—¿Por qué?

—Si es verdad que están seguros de que te mataron en la acción del Potrerillo, á cuya función de armas no asististe, cuando te vean caer sobre el rancho que nos espera, van á suponer que entras en la liza muerto como el Cid; y si han corrido la falsa noticia de que sucumbiste para dar aliento á los que tiemblan á tu nombre, el descrédito será mayor cuando sepan que vas en persona á desmentir lo que en justicia acabo de calificar de superchería.

—Tienes razón, agregó Godoy; eso me dá importancia, porque prueba que se ocupan de mí más de lo que merezco.

—Muchachos, dijo Alcántara volviéndose á los soldados de su partida, siempre con la risa en los labios; ya lo sabeis: vuestro jefe está sepultado debajo de esa cruz, muerto á manos de los valientes libertadores de Cuba. ¿Qué hay de eso, sargento Camacho?

—Nada, contestó el interpelado; allá vamos á llevar la prueba de semejante impostura. Nuestro comandante está asegurado de incendio, y no son las balas de esos pícaros las que lo han de traer á ese agujero.

—¡A ver uno! gritó Alejo; ¡echa pié á tierra, derriba esa tabla y esa cruz, y préndele fuego con un fósforo!

—No lo permito, dijo Luciano; ¿quién sabe si estará escrito por la Providencia que sucumba hoy en la lucha, y me traerán de veras á este sitio? Así tendré el gusto de morir, sabiendo donde han de enterrarme, conociendo mi epitafio y la apoteosis que me dedican.

—¡No pueden con nosotros!..... ¡A ver, muchacho! ¡Cumple con la orden, que el comandante lo permite!

Luciano Godoy se encogió de hombros, y el movilizad, que no apartaba la vista de su jefe, con la punta del pié derribó la tabla, y arrancando la cruz, prendió fuego á ámbos objetos.

Miéntas la cruz y la tabla ardian, volvió á abatirse el ánimo del comandante y dió muestras de estar nuevamente preocupado, lo cual comprendió Alejo, puesto que frunció las cejas con estrañeza.

—Vámonos, dijo meneando la cabeza á derecha é izquierda; ¡parece imposible! ¡si no lo viera no lo creería!

—¿Qué? preguntó Luciano.

—Vámonos, repitió el primero.

El soldado esparció las cenizas con el pié; disponiase á montar á caballo, cuando el jefe lo detuvo con una seña y dirigiéndose al sargento, le dijo:

—Camacho, haga V. que cuatro hombres con los sables muevan esa tierra; quiero ver si efectivamente hay ahí, un cadáver que ha usurpado mi nombre.

—¿Estás loco? preguntó el segundo. Los minutos pasan y hacemos falta en otra parte; nadie mejor que tú lo sabe.

—No importa, Alejo: dame gusto; los caballos son ligeros, y ganaremos el tiempo perdido espoleándolos fuertemente; no estaría tranquilo si no me convenciera de una cosa.

—El comandante lo manda, gritó Alcántara. ¡Ea! ¡aprisa! ¡á cavar la tierra!

Cuatro soldados se apearon y pusieron á mover la tierra con los sables; no tuvieron que profundizar mucho, pues á los pocos momentos se llevaron los dedos á la nariz demostrando que había allí un cadáver en estado de putrefacción. Lo primero que se descubrió fueron los pies calzados con botas de charol, y el sargento, que presenciaba la exhumación, exclamó volviéndose á sus jefes:

—El difunto era persona decente, pues entró bien calzado, y lo estraño es que los mambises no le robaran las botas, que tanta falta les hacen.

—¡Quiá! dijo uno de los soldados en tono de burla; los zapatos estorban para correr.

Luciano Godoy estaba muy pálido, sin explicarse el motivo; tenía miedo.

Alejo Alcántara, que notaba aquel fenómeno estraño en su amigo, gritó:

—¡Aprisa, muchachos! ¡Hace mucho calor y vamos á infestarnos!

Los soldados descubrieron el cadáver, y apartando la tierra lo cogieron por la cintura, sacándolo de la fosa; dieron con él algunos pasos y lo tiraron sobre la yerba, haciendo un gesto para demostrar el asco que les inspiraba la hediondez.

Luciano hizo un movimiento hacia adelante para llegar al cadáver, y sin adivinar la causa, cerró los ojos.

Los soldados, venciendo la repugnancia, volvieron á acercarse y sacudieron la tierra que ocultaba la cabeza para descubrir las facciones; pero apenas se mostró limpia la cara, dieron aquellos un grito de horror y echaron á correr por el campo con muestras de haber visto algo que les espantaba, sin oír la voz del segundo, que los llamaba.

—¿Qué es eso? decía éste. ¿Qué sucede?

—¡Canario! exclamó el sargento Camacho doblando la rodilla en tierra para examinar de cerca las facciones del muerto. O aquí hay brujería, ó este señor difunto se parece á nuestro comandante como un huevo á otro. ¿Qué significa esto?

—¡Es verdad! dijo Alcántara.

—¿Qué hablas? preguntó Luciano sin abrir los ojos.

El jefe de la *partida de la muerte* estaba horriblemente pálido, lo cual le hacía parecerse más al muerto.

—Es una cosa extraordinaria, respondió Alejo; si no te estuviera viendo creería que estábamos exhumando tus restos. Mire V., sargento: el mismo corte de cara, la misma nariz, el mismo bigote, su cuerpo... ¡todo es él!

—¡Hasta el lunar de la barba! agregó Camacho retirándose del sitio, porque empezaba á sentir el miedo de la superstición, que es el más imponente de todos los miedos.

Luciano, haciendo un esfuerzo, abrió los ojos y dió algunos pasos hasta ponerse junto al muerto; sus rodillas lo delataban, y apenas fijó la vista en aquellos restos que le habían usurpado su figura, sintió el delirio que precede al desmayo; comprendiendo entónces que su prestigio iba á perderse con la gente que mandaba, se pasó la mano por los ojos, y procurando marcar en sus labios una sonrisa, gritó:

—¡Muchachos, aquí!
Los movilizados, siempre obedientes á aquella voz, se volvieron, pero escusando mirar al cadáver.
—¿Green ustedes que el muerto soy yo?
—Esos pícaros mambises, dijo Alejo, son capaces de todo; han buscado un hombre y lo arreglaron de modo que se pareciera á nuestro comandante para tener el gusto de hacer creer que lo habían quitado de en medio. ¿Quién será este perillan, añadió sonriéndose, que tuvo la habilidad de pasar por el jefe de nuestra partida, dejándose matar sin desmentirlo? ¿Tienes parientes, Luciano?
—No.
—Ahora no puede explicarnos el misterio; ahí está tan callado y tan serio para asustarnos; pero ¡quía!
Y al soltar esta palabra dió un puntapié al cadáver del supuesto Luciano Godoy.
La sangre se heló en las venas del verdadero Luciano Godoy.
—¡En marcha! gritó Alcántara; hacemos falta en otra parte.
—Antes, dijo el jefe procurando aparecer sereno para ocultar el escalofrío del miedo, debemos devolver á la tierra lo que es suyo, hemos profanado la muerte.
—Muchachos, interrumpió el segundo, volved á enterar ese cadáver.
Ninguno de los soldados hizo el menor movimiento.
—¿No habeis oído? prorumpió entonces empujando un revólver. ¡Enterrad ese cadáver!.....No tengais cuidado, que no es vuestro jefe; ahí lo veis vivo y efectivo, y pronto os dará señales evidentes de que no ha muerto.
Los movilizados obedecieron la orden, y la tierra cubrió de nuevo el cuerpo del segundo Luciano Godoy.
—¡En marcha! mandó el segundo, comprendiendo que el comandante estaba tan preocupado que no se acordaba de su deber, ni siquiera de que lo esperaba en el rancho uno de los asesinos de su padre.
Luciano Godoy era una sombra.
(Continuará)

JUAN SIN TIERRA

SARTENAZOS.

En dos meses que ha estado en España Alejandro Dumas, ha escrito una obra de tres tomos, nada ménos, en la que hace la historia de la España moderna, y habla mucho de toros, segun dicen los que conocen el libro.
Mucho me temo que Alejandro haya pintado una España que no la conozca nadie. Veremos qué tal nos trata el gran inventor de mentirolos.
* *
Hombre! ¡con que el célebre Tristan Medina se ha hecho protestante y anda predicando por Madrid esta novedad! ¡Vaya hombre, vaya! D. Tristan siempre dará que hablar con sus continuas conversiones.
Nos parece que Medina predicará en el desierto.
Ya que es paisano de Céspedes y Aguilera, ¿por qué no viene á predicar en la manigua?...
* *
La señora viuda de Lizarbe, dueña de la fábrica de fósforos conocida por Cascante, ha vuelto por el buen nombre de su casa, poniendo á la venta en España unas elegantes cajas, con viñetas favorables á la integridad nacional; representando el retrato de Caballero de Rodas y España y Cuba unidas, con inscripciones patrióticas.
Lo aplaudimos.
* *
La manía que por los números romanos tienen ciertas gentes, es incurable, pero tambien inofensiva.
Ya tenemos un Alfonso que se llama Alfonso XII, por gracia de su mamá y proteccion secreta de cierta testa coronada; verán ustedes como no falta algun narrador histórico que lo haga bailar en sus crónicas con el nombre de *Alfonso el de la docena*.
Ahora sucede que á S. M. *Tersa*, género femenino, le ha salido un hijo, un muchachon rotusto, tan *terso* como su padre, su madre, su tío y toda la *tersa* parentela; un niño que es ya la esperanza de Tejada, Muzquiz, Ceballos, Carulla, Aparisi y demás santos varones que verían el restablecimiento del Santo Oficio en España con lágrimas de religioso regocijo.
El niño de la *Tersa* se llama Ramiro IV, es decir un Ramiro que es el cuarto, por iguales razones que tiene aquel Alfonso para ser el duodécimo, y que consisten en

el derecho divino y directo, sano y sin tachas, con que el IV y XII han venido al mundo.

En cuanto el Papa haga uso de la infalibilidad que le ha concedido el Concilio, tendrá que decidir infaliblemente si es más legítimo el XII que el IV, ó éste que aquel, porque dos asentaderas para un solo trono, es ya demasiado.

Entretanto, yo repito aquel antiguo cantar que dice:

«Como poner los dones,
Cuesta tan poco,
le puse á mi caballo
señor don potro.»

En los campos Eliseos de Madrid se ha presentado un tal Rivalli que traga plomo fundido y devuelve balas.

Que me lo manden acá para dedicarlo á explorar las maniguas.

Esto que voy á contar ha sucedido estos dias.

Una señora, muy discreta y virtuosa, noble por todos conceptos, tropieza casualmente en el cuarto de su marido con un paquetito de cartas todas abiertas. En los sobres reconoce la letra de cierta viudita, muy amiga suya, y sin leer las cartas las pone bajo un sobre, y escribe las siguientes líneas, y se las envía á la viuda:

—«Mi querida Panchita: Haces muy mal en escribir á mi marido, que es el mayor aturrido y el hombre más descuidado é imprudente que hay en el mundo.

Te envío ese paquete de cartas que me he encontrado, y considera qué escándalo y qué vergüenza para tí, si hubiesen caído en otras manos.

Deseando yo sinceramente ser siempre una esposa honrada, te suplico, querida Panchita, que no me robes á mi marido á quien amo mucho.

Guárdame este secreto para que él no lo sepa, que se pondría muy vanidoso. Tuya siempre, Catuca.»

La viudita se ha marchado de la Habana, y el marido estraviado ha vuelto al cumplimiento de sus deberes.

Si algun autor quiere hacer sobre este asunto una novela, se lo regalo.

Cree *La Revolucion* de Nueva York que las suripantas que andan por la manigua medias desnudas son castas hasta la cintura.

Pues bueno sería ponerles el cinturón en las rodillas

Sabemos que dentro de breves dias saldrá á luz un nuevo diario liberal con caricaturas titulado *El Eco de España*.

Confiamos que este *Eco* no se quedará atrás como *La Voz*.

CANTARES.

Fuí á Roma, para mirar
frente á frente al Padre Santo,
pero no le pude hallar
y me tuve que marchar
después de buscarle tanto.

Fuí á París hecho un loco
por ver al que en el imperio
manda en jefe, que no es poco,
pero no le ví tampoco
y me fuí de allí muy serio.

Pero ¡ay! que un día, morena,
fuí á verte por lograr
ver tu faz pura y serena,
y no te logré encontrar
y me está ahogando la pena.

Vuelve á sonar el nombre de D. Fernando de Portugal para rey de España.

Francamente, es sumamente ridículo este juego de reyes que se está verificando en España.

Yo lo pondría entre los juegos prohibidos.

El jueves hubo en la Habana una verdadera manifestacion popular en favor del General Rodas.

Los vivos y los discursos se dejaron oír en palacio y plaza de Armas.

Fué una gran manifestacion que aplaudimos con entusiasmo.

Ya es hora de que vayan desapareciendo ciertas infundadas prevenciones y de que se juzgue al primer vo-

luntario de Cuba con la sinceridad que ántes de ahora lo ha hecho ya JUAN PALOMO.

Rafael Lanza, el que llevó leontina en pierna acá en la Habana, y ahora discurre libre en los Estados Unidos por la generosidad española, dice que sería una satisfacción para él, verse preso por volar los sesos de algun español.

—Hombre! pues por poco lo deja usted! venga aquí donde hay muchos sesos españoles y satisfaga sus deseos. Siquiera por un par de dias, Don Rafael!

Reimpresos ya los pliegos que se habian agotado del Almanaque de JUAN PALOMO, remitimos hoy, ejemplares de este libro á aquellos agentes que nos lo tenían pedido. El precio de venta, tanto en la Habana como en el interior es el mismo de la 1ª edicion, segun puede verse por el anuncio inserto más abajo.

La Quincena, que redactan nuestros compañeros Tray y Vérguez, contiene en su número 13, correspondiente al 15 del actual las materias, cuyo sumario copiamos á continuacion.—Dice así:

Semblanzas militares.—*Malcampo.*—*Araoz.*—*Pasaron.*—*Revista política quincenal.*—*Grandiosa manifestacion patriótica.*—*Arrepentimiento.*—*Siempre igual.*—*En todas partes los mismos.*—*Honras fúnebres.*—*Digno de loa.*—*Alerta.*—*Fuera caretas.*—*Ultimas boqueadas.*—*Resolucion importante.*—*Manifestaciones.*—*Revista quincenal de la campaña.*—*Al señor Villergas.*

ANUNCIO.

ESTÁ YA DE VENTA LA SEGUNDA EDICION DEL

ALMANAQUE

cómico, político y literario de

JUAN PALOMO.

Un volumen de unas 100 páginas en 4º, á dos columnas, edicion elegante, con artículos, versos, epigramas, biografías, novelas, cuentos, propósitos y despropósitos, todo guisado y condimentado por los redactores, correspondientes y colaboradores de Juan Palomo, las señoras

Avellaneda, Castro de Murguía, Felicia, Grassi y Perez de Zambrana

Alarcón, Ariza, Auber, Baamonde, Blasco, Bustillo, Cano, Carrillo, Castañón, Castelar, Cazorro, Correa, Eay, Eulate, Fernandez Duro, uzman, Hartzembusch, Hortsman, Landaluce, Marco, Martinez de la Rosa, Medina Moreno de Fuentes, Ortega y Gironés, Palacio, Peralta, Pitarra, Puente y Brañas, Ruiz, Ramos Carrion, Ruiz de Aguilera, Sanchez, Sanson, Santi, Santisteban, Segarra, Triay, Vérguez, Zafra, y los Juanes de la colradia.

Adornan sus hojas dos magníficos retratos del general Caballero de Rodas y Castañón, dos dancitas, un plano y una lluvia de chistosísimas caricaturas dibujadas por

LANDALUCE Y CISNEROS.

Este *Almanaque* se ha repartido *gratis* á todo el que ha pagado adelantado un semestre ó un año de suscripcion á Juan Palomo.

Las suscritores por meses en la Habana pueden adquirirlo, si gustan, al infimo precio de 4 reales fuertes, debiendo, para recogerlo, presentar en esta Administracion (calle de Compostela, núm. 71)—de 7 de la mañana á 5 de la tarde—el último recibo abonado para comprobarlo.

Los pocos ejemplares que de la tirada se han dedicado á la venta pública, ó sea á los *no* suscritores, se venderán á

Reales fts. 6 en la Habana. | Reales fts. 8 en el interior franco de porte, pudiendo hacerse el pedido en sellos de correos.

¡OJO!

Todo suscritor nuevo á Juan Palomo por un semestre (lo ménos) á partir desde el mes de Julio próximo pasado, tendrá derecho á recibir *gratis* las 7 hojas grandes de dibujos con que mensualmente obsequia este periódico á sus favorecedores, repartidas en el presente año, así como tambien el *Almanaque*, ahorrándose, además en la suscripcion, si es de la Habana, 75 centavos, segun puede verse por la tarifa de precios que vá al pié.

Todo pedido, que deberá venir acompañado de su importe en sellos ó letra sobre la Habana, se dirigirá con sobre al Administrador de Juan Palomo, calle de Compostela, núm. 71.—HABANA.

JUAN PALOMO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PAGO ANTICIPADO POR.....	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
En la Habana.....	\$1 »	2 75	5 25	10 »
En el Interior.....	» »	3 75	7 »	12 75
En el Exterior de la Isla.	» »	4 25	8 »	15 »

IMPRENTA MILITAR, RICLA 40.